FERNÁNDEZ
DE BETHENCOURT

DISCURSO

3 1761 08695969 9

LS
C419d
YF

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

BINDING NOV 1 5 1923

DISCURSO

DE CONMEMORACIÓN

DEL

TERCER CENTENARIO DEL «QUIJOTE»

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/discursoleidoant00fern

Ysa
Yf

DISCURSO

LEÍDO ANTE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

POR EL EXCMO. SEÑOR

DON FRANCISCO FERNÁNDEZ DE BÉTHENCOURT

INDIVIDUO DE NÚMERO

EN LA SESIÓN PÚBLICA Y SOLEMNE

CELEBRADA EN 9 DE MAYO DE 1905

PARA CONMEMORAR EL

TERCER CENTENARIO DEL «QUIJOTE»

1809 SS.
2.6.23.

MADRID

EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE M. TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

C. de San Francisco, 4

1905

Señores Académicos:

Habeis querido—sin que yo haya logrado todavía explicarme la verdadera razón de vuestro acuerdo,—habeis querido conferirme el encargo nada fácil de llevar en estos momentos vuestra voz. Con la leal franqueza que os debía y que me debía á mí propio, puse de manifiesto ante vosotros mi poca autoridad y escasos medios para realizar cumplidamente vuestro deseo, y cómo, en cambio, abundan en vuestras filas los que pudieran hacerlo con todo el acierto que teneis derecho á exigir de cuantos hablen en vuestro nombre. Os mantuvísteis, ante mis excusas sinceras, inexorables, y dándome á mí prueba mayor de afecto que la dábais de vuestro interés por el brillo de la solemnidad que celebramos, confirmásteis decididamente vuestra elección primera, que por el gran respeto que me mereceis acepté y no califico. Os agradezco lo que ella tiene de muy honroso para mi modestia y lo que revela en vosotros de indulgente simpatía para mi persona; pero es justo que hoy queden repartidas con la equidad que corresponde las responsabilidades, y que no resulte la mayor la que me toque á mí por obedecer, que la que os toca por mandar á vosotros. Me habeis arrancado casi violentamente—con toda la violencia que puede caber en vuestras decisiones—á la amigable compañía de los viejos pergaminos, de los códices amarillentos, de los árboles genealógicos y de los abigarrados blasones, en cuyo estudio paso y vengo pasando desde hace tantos años la vida, y lejos de los cuales confieso que me siento como en lugar desconocido, como por camino pedregoso, como sobre tierra

movediza, andando apenas con paso vacilante, sin distinguir bien los senderos y las veredas, á cada instante expuesto á tropezar y hasta á caer, si no me tiende su mano protectora vuestra inagotable benevolencia. Me la debeis hoy más que nunca, ya que es vuestra voluntad soberana la que me ha puesto en este compromiso; no vayan á decir por ahí vuestros enemigos—todas las Academias los tienen—que hay en el fondo de este acuerdo vuestro esa ligera punta de espiritual ironía de que ellas son acusadas generalmente, designando á un defensor, modesto pero convencido, del espíritu nobiliario y caballeresco, para conmemorar en algún modo la primera aparición del maravilloso libro, venido al mundo para rematar y dar sepultura á la andante caballería; no vayan á decir que os complaceis malignamente en meter así en tales aprietos á los mismos que se sientan á vuestro lado, más atentos vosotros á buscar los efectos extraños de estas peregrinas contradicciones, que á satisfacer las obligaciones cristianas de la caridad más elemental.

*
* *

Afortunadamente, señores, para mí como para vosotros, la Academia no lleva jamás á muy grandes extremos sus rigores, y al mismo tiempo que me designaba para dirigiros la palabra en su nombre, me trazaba el camino y señalaba la materia con que ella entendía y entiende que debía celebrar este glorioso Centenario. Yo me malicio—permitidme que os lo diga con entera confianza y como si ella no me escuchara—que tal vez ha temido que me dejara llevar de la poderosa corriente que viene haciendo del autor del *Quijote* un ser como sobrenatural y omnisciente, y que, tras del Cervantes filósofo, del Cervantes político, del Cervantes economista, del Cervantes médico, del Cervantes marino, del Cervantes jurisperito, del Cervantes geógrafo, del Cervantes músico y hasta del Cervantes teólogo, yo fuera á presentaros hoy aquí un Cervantes genealogista, á cuyo lado resultaran tímidos aficionados el fecundo

Pellicer de Tovar y el asombroso Salazar y Castro. Yo me malicio que la Academia ha tenido presente, para recelar semejante cosa, aquel donoso punto de la historia del Hidalgo manchego, en que, consultado por el caminante sobre el linaje, prosapia y alcurnia de la señora de sus pensamientos, hubo de responder Don Quijote sin más dudarlo: *No es de los antiguos Curcios, Gayos y Cipiones romanos, ni de los modernos Colonas y Ursinos; ni de los Moncadas y Requesenes de Cataluña: ni menos de los Rebellas y Villanovas de Valencia: Palafojes, Nuzas, Rocabertis, Corellas, Lunas, Alagones, Urreas, Foces y Gurreas de Aragón: Cerdas, Manriques, Mendozas y Guzmanes de Castilla: Alencastres, Pallás y Meneses de Portugal; pero es de los del Toboso de la Mancha, linaje, aunque moderno, tal, que puede dar generoso principio á las más ilustres familias de los venideros siglos.* Y que yo pudiera deducir de todo esto que Cervantes supo más de achaques genealógicos que sus propios contemporáneos Haro y Garibay, y que me llevara dulcemente y sin advertirlo mi inclinación, hacia estos caminos que me son familiares y que sería para vosotros ingrato recorrer en mi compañía; pero yo os aseguro, y os doy de ello mi palabra honrada, que jamás se me pasara por las mientes tomar de Cervantes tal venganza, á nombre de la caballería andante, convencido como estoy de todo punto, con un insigne Académico que me escucha, de que, contra el puro ideal caballeresco, que es lo que bulle y palpita en el fondo de mis caros habituales estudios, no se escribió el *Quijote,* sino que, por el contrario, siempre lo exalta y lo magnifica cuanto es debido.

Pero por razón de la suspicacia que he apuntado—ó por lo que en realidad fuere,—la Academia se ha limitado á darme el encargo, de todos modos difícil, de consignar aquí en qué grado y de qué manera muchos de sus más preclaros individuos han contribuído á la mayor ilustración de la obra inmortal, al mejor conocimiento y á la gloria del que la escribió. Resulta como una espléndida corona, formada en tiempos diversos y por manos bien diferentes, y en cuya composición han rivalizado la verdadera ciencia, la erudición copiosa, la investigación constante, la crítica más imparcial y más

depurada; y de esa corona tengo el encargo de presentaros brevemente muchas flores y muchas hojas, por desgracia no todas, que algunos nombres y algunos trabajos se escapan forzosamente á mi pluma, como se escaparon antes á mi memoria ó á mi conocimiento. Lo que olvidado fuere, acháquese á todo menos á deliberada intención; que las florecillas modestas y de nombre desconocido fueron tan necesarias para que la corona se formara, como pudieron serlo el mirto clásico ó el simbólico laurel. Es obra, pues, de verdadera piedad filial la que quiere hacer hoy esta Academia, agrupando en torno del nombre de Cervantes los de todos aquéllos de sus individuos, lo mismo de los antiguos que de los modernos, de los muertos que de los vivos, de sus Académicos de número que de sus individuos correspondientes, de todos los que han contribuído al mantenimiento, á la ilustración y al brillo de la tradición cervantina; de cuantos, en mayor ó menor grado, han ayudado á honrar y á glorificar al Príncipe de nuestros Ingenios, que es honrar y glorificar á España, en último término móvil de todos nuestros actos, fin de todos nuestros trabajos, aspiración de todos nuestros pensamientos.

*
* *

Señores: como todas las nobles tradiciones de la verdadera España tienen en nuestro Cuerpo su continuación afortunada, abundaron antes y abundan ahora felizmente entre nosotros los que, como Cervantes mismo, manejaron y manejan con el propio garbo y maestría la pluma que la espada; y así en esta galería corresponde por derecho de antigüedad el primer lugar á un soldado-Académico, á quien cupo el honor de ser el primero en escribir á la moderna, ilustrándola notablemente, la *Vida de Cervantes*. Ya habreis comprendido que me refiero á D. Vicente de los Ríos, Señor de las Ascalonias, Teniente Coronel de Ejército, Capitán del Real Cuerpo de Artillería, noble caballero cordobés, hijo menor de la vieja familia

andaluza de que son jefes los Duques de Fernán-Núñez, que habiendo ingresado en esta Academia desde 1772, nombrado su Censor á muy poco, tras de prolijos trabajos é incesantes investigaciones, hizo tan acertadamente como es notorio el *Elogio histórico*, con un análisis ó juicio crítico de las obras de Cervantes, y lo leyó después en el acto de su ingreso en otra Corporación hermana, en la Real Academia Española, en el año siguiente 1773. Mejorado y corregido luego su trabajo, bajo los auspicios de tan insigne Cuerpo, se publicó de nuevo con el título de *Memorias para la vida y escritos de Cervantes*, y en ellas rehizo nuestro Ríos la relación de la vida del escritor soldado; ilustró con observaciones atinadas y notas agudísimas el punto ya resuelto, pero eternamente discutido, de su verdadera patria; trabajó más tarde en el mapa del país que comprende los viajes memorables del *Ingenioso Hidalgo;* dispuso debidamente el plan de los asuntos de las láminas; descubrió el que por tanto tiempo se creyera retrato de Cervantes, y cuya autenticidad ha rechazado luego con mayores datos la crítica; ilustró las anteriores noticias sobre el cautiverio en Africa y la prisión del escritor en la Mancha; lo defendió de las ridículas imputaciones y de las suposiciones absurdas con que ya comenzaban á desfigurar su memoria los delirios y las extravagancias, en todo tiempo compañeros inseparables de las admiraciones indiscretas y desbordadas, y contribuyó en fin á perfeccionar la magnífica edición del *Quijote*, que se publicó después, sin que él lograra verla, fallecido como fué en 1779. Perdonadme si me he detenido más que debiera en recuerdos de cosas tan sabidas; pero ésta que abrió D. Vicente de los Ríos es en realidad la primera fuente á donde han acudido luego los peregrinos del cervantismo para llegar al mayor conocimiento de la existencia de su héroe y á la mejor ilustración de sus obras: éste es en verdad el puro nacimiento de las aguas, que luego en más de un siglo han seguido majestuosamente su curso, modificando acá y allá su ruta, aumentando á cada paso su caudal, tornándose más limpias y más transparentes á medida que la crítica se depura y que surgen de todas partes los documentos. A más hubiera llegado, sin

duda, en éste y en los otros ramos de la ciencia que cultivaba, el autor de la *Táctica de Artillería*, que con estos trabajos graves y fundamentales hacía coincidir la publicación de los dulcísimos versos de Esteban de Villegas, siendo casi á un tiempo mismo profesor entendido en el Colegio de Segovia, aguerrido oficial en la campaña de Portugal, castizo y atildado Académico en la Española, historiógrafo concienzudo en esta casa, si no le arrebatara la muerte á tan múltiples y fructuosas ocupaciones, cuando aún tenían que esperar mucho de él la ciencia como la patria (1).

Coinciden con estos trabajos los no menos beneméritos de otro individuo de esta Real Academia, el Bibliotecario de S. M. Don Juan Antonio Pellicer, aragonés como el cronista célebre del siglo XVII y como él diligente y laborioso; quien publicó, en su *Ensayo de una Biblioteca de Traductores españoles*, sus *Noticias para la vida de Miguel de Cervantes*, y casi á los veinte años, ya con mayor número de antecedentes y de datos, no todos igualmente interesantes, pero todos sazonados con documentos hasta entonces desconocidos y expuestos con indiscutible erudición, la que él calificó de *Nueva edición del Quijote, con nuevas notas, con nuevas estampas, con nuevo análisis* y *con la vida del autor aumentada nuevamente*. Por fin, ya en los finales de la suya, llamándose D. Nicolás Pérez, *el Setabiense*, hizo el que tituló *Examen crítico del Anti-Quixote, por el Tutor, Çurador y Defensor de los Manes de Miguel de Cervantes Saavedra, contra todos los Follones, Malandrines, Griegos, Tirios y Romanos, Cimbrios, Lombardos y Godos, Lemosines y Castellanos, Celtíberos y Vascongados, que han osado y osen mancillar su honor literario* (2).

Algún tiempo después, siguiendo las huellas de Ríos y Pellicer, madurando ya la obra por ellos comenzada, viene D. Martín Fernández de Navarrete, de la noble familia de su apellido en la Rioja, Caballero de la Orden de Malta, marino ilustre, sabio eminente, Director del Museo Hidrográfico, á quien tuvo por tal esta Academia casi veinte años, y á quien corresponde sin disputa entre los biógrafos de Cervantes el lugar primero, entre sus comenta-

ristas uno muy señalado, tan elegante y culto hablista como Ríos, no menos erudito que Pellicer, más acertado crítico que ambos. Su *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra,* que la Academia Española dió á la pública luz en 1819, por las ilustraciones y documentos con que la completó, es sin la menor duda el mejor trabajo biográfico, el más acabado y recomendable que al autor de *Don Quijote* haya sido consagrado hasta ahora por la erudición española; y por ser todo ello de los cultos tan conocido, no es cuestión de que yo venga á molestaros repitiéndoos lo que tan perfectamente sabeis (3).

Por fin, el año 1833, otro escritor no menos esclarecido, otro individuo de esta Real Academia, que fué su Tesorero y su Secretario, D. Diego Clemencín, de memoria entre nosotros por tantos conceptos venerada, publicó su *Comentario del Quijote*, nacido, según él mismo refiere, si no en una cárcel como éste, *de un retiro forzado, efecto de trastornos y de infortunios;* pero, á pesar de las contrariedades de su origen, dimanadas de los vaivenes y desvíos de la política—entonces, como casi siempre, compañera incómoda y mal avenida del estudio y de la ciencia,—producto acabado de una vasta sabiduría y de un criterio sólido y seguro, acaso hasta la exageración severo, como eran los del hombre insigne que había de inmortalizar entre los verdaderos doctos y entre los buenos patricios su propio nombre, asociándolo al magistral *Elogio de la Reina Católica* que todos conoceis (4). Este D. Diego Clemencín—que fué primeramente maestro de los hijos de la Condesa-Duquesa de Benavente, los que fueron luego el Duque de Osuna y el Príncipe de Anglona—es una de las figuras más interesantes de cuantas han pasado por esta Corporación, de la que fué Secretario perpetuo, y á la cual y á la ciencia prestó los más inapreciables servicios, sin que sirvieran de obstáculo á su labor infatigable su condición de redactor de la *Gaceta de Madrid*, su calidad de Diputado, su elevación á la Presidencia de las Cortes, su paso por uno y otro Ministerio, su lugar entre los Próceres del Reino, su nombramiento de Secretario del ilustre Estamento, su cargo de Bibliotecario Mayor de Palacio.

El, como español clásico, aparte de gran humanista, de epigrafista notable, de competente en puntos de Geografía hispano-árabe, de crítico de las historias antiguas del Cid Campeador, á cuyo honrado sepulcro no pretendió jamás echar la llave, en el *Elogio de Doña Isabel I* y en el *Comentario del Quijote* dejó demostrados sus inmensos conocimientos históricos, literarios y filológicos, su profundo dominio de los hechos, de las costumbres, del lenguaje, y hasta del espíritu de los tiempos, que es lo menos asequible. No me acuseis de que divago, si alguna otra vez, como ahora, me detengo más de lo que quisiérais en recuerdos que parezcan ajenos á la comisión que se me diera: es que la grata evocación de estas cosas del pasado nos atrae; el dulce trato de estas figuras ya lejanas nos cautiva; nos entretenemos puerilmente en calumniar los tiempos y las cosas de ayer, abrumándolos con la altiva presunción de nuestra superioridad desdeñosa, y todos estos nombres salen á nuestra pluma para llamarnos con suaves energías al respeto debido de la justicia y á la confesión humilde de la verdad.

Son, sin duda, señores, los trabajos enumerados de estos cuatro Académicos de la Historia, glorias de nuestra Corporación, Ríos y Pellicer, Clemencín y Navarrete, los cuatro sólidos y robustos pilares sobre los cuales se ha elevado después el magno edificio de los estudios modernos cervantinos, que ha venido á parar, natural y lógicamente, en la celebración de este Centenario; de lo que aquéllos plantaron ha brotado después el árbol magnífico, que, nacido en nuestro suelo, ha extendido su tupido ramaje por la Europa entera, y puede decirse que llega á todos los confines del mundo civilizado; padecieron ellos errores y omisiones; se equivocaron muchas veces, haciendo ciertas siempre las consideraciones de un autor antiguo, que supo mucho, pero que no dudó en escribir estas palabras: *Enmendamos las faltas de los pasados, y los futuros enmendarán las nuestras. Porque si nosotros en algunas ocasiones tuvimos mejor vista que los anteriores, en otras la tenemos flaca, y nos quedamos siendo capaces de la enmienda de los venideros.* Pero de todos modos, esos cuatro nombres forman como la base de la corona cervantina, en que vie-

nen después á poner mano otros predecesores nuestros de tan merecida nombradía como Jovellanos y Conde, Capmany y López, Lista y Cavanilles, Estébanez Calderón y D. Fermín Caballero, Rosell y Carderera.

*
* *

Ya es, en efecto, D. Gaspar Melchor de Jovellanos, honor de la noble tierra asturiana y de la antigua magistratura española, cuya carta á D. Bernardo Rivero y Larrea sobre su libro *El Quixote de Cantabria*, cuyo juicio sobre la disertación epistolar de Baretti acerca de la edición de la Academia Española, no son ciertamente para echados hoy en olvido, aunque no haya pasado el último de manuscrito que guarda original el rico archivo de su nombre del Instituto de Gijón, ya que se deba la noticia de su existencia á la culta intervención de nuestro distinguido correspondiente D. Fermín Canella Secades, cerca del autor de la *Nota* bibliográfica cervantina publicada en 1885 (5). También es atractiva para el historiador y para el patriota esa noble figura del colegial mayor de San Ildefonso, del alcalde de casa y corte de los tiempos de Carlos III, del oidor y consejero de las Ordenes, del ministro de Gracia y Justicia con Godoy, del desterrado de Mallorca, del que, aunque llamado á los consejos del Rey José, desoyendo la voz de la ambición, fué representante de Asturias en la Junta Central que defendió contra el francés la patria independencia; á un tiempo mismo jurisconsulto y economista, canonista y poeta, literato y agricultor; tan pronto el delicado *Anfriso* del Paular de Segovia, como el informante entendidísimo del proyecto de la *Ley Agraria*, muerto en medio del fragor de nuestra lucha contra las ambiciones napoleónicas. También es atractiva esa figura; pero no temais que vuelva á las andadas por su recuerdo, consumiendo el tiempo y vuestra paciencia en divagaciones que no son del momento; y así, nada más que recordados estos tributos de Jovellanos á Cervantes y á su obra, aligero el paso y continúo sin otras paradas mi camino.

Ya es D. José Antonio Conde, Bibliotecario que fué del Escorial y Anticuario de nuestra Academia, quien—dando de mano á sus trabajos sobre la *Historia de la dominación de los árabes en España*, en cuyo elogio nada digo, más que por respetos á Dozy, por los que debo al grupo selecto y reducido de nuestros arabistas presentes—escribió con Pellicer la *Carta en castellano, con postdata políglota, en la cual se responde á la carta crítica que un anónimo dirigió al autor de las notas del Quixote, desaprobando algunas de ellas* (6).

Ora es el Geógrafo de S. M. y Tesorero de la Academia, D. Tomás López, quien, sobre trabajos hechos por la voluntad de Carlos III, emprende la formación del curioso Mapa en que se comprendieron los parajes, ya legendarios, *por donde anduvo* Don Quijote de la Mancha, y en que se detallaron los sitios todos, célebres ya, en que ocurrieron sus peregrinas aventuras, nada menos que las treinta y cinco principales de las tres salidas que hizo en busca de ellas el asendereado caballero (7).

Ya es un insigne catalán, D. Antonio de Capmany y de Montpalau, nuestro Secretario igualmente, quien hace coincidir con sus notables relaciones de la Barcelona antigua, de su marina, de su comercio, de sus artes, las consideraciones acertadísimas que esmaltan en todas sus páginas su Tratado de la elocuencia, donde el nombre del autor del *Quijote* parece á cada paso entre los que más se encumbraron hasta sus alturas, entre Granada y Solís, entre Guevara y Malón de Chaide, entre Gracián y Saavedra Fajardo; consideraciones las de Capmany que le aseguran con pleno derecho un recuerdo en este discurso, como su inmensa labor en todos los órdenes, de historiador, de filólogo, de jurisconsulto, le aseguraron dentro y fuera de esta Casa autoridad no discutida. Leed con él aquella pintura que de la poesía hace Cervantes cuando dice que *la poesía es una bellísima doncella, casta, honesta, discreta, aguda, retirada, que se contiene en los límites de la discreción más alta; es amiga de la soledad: las fuentes la entretienen, los prados la consuelan, los árboles la desenojan y las flores la alegran.* Leed con él aquellas graves razones con que Don Quijote explica á Sancho todo el poder y la fuer-

za del amor ardiente que siente el hombre por la fama: *¿Quién piensas tú que arrojó á Horacio del puente abajo, armado de todas armas, en la profundidad del río Tibre? ¿Quién abrasó el brazo y la mano á Mucio? ¿Quién impelió á Curcio á lanzarse en la profunda sima ardiente que apareció en la mitad de Roma? ¿Quién, entre todos los agüeros adversos que se le habían mostrado, hizo pasar el Rubicón á César? ¿Quién barrenó los navíos y dejó en seco y aislados los valerosos españoles, guiados por Cortés en el Nuevo Mundo? Todas éstas y otras grandes hazañas fueron obras de la fama que los mortales desean.* Leed esto, y tantas cosas más que os señalará Capmany, libando con deleite en su compañía las flores variadísimas del jardín cervantino, y de seguro que no encontrareis en ello menos elocuencia que la que admiró con justicia á maestro tan excelente (8).

Ora es D. Alberto Lista, el dulcísimo vate, uno de los restauradores de la poesía nacional, que, como Fray Luis en los pasados, cantó en nuestros días *La Muerte de Jesús;* el sabio maestro de varias generaciones de poetas, de literatos y de académicos, quien en sus *Ensayos críticos* rinde frecuentemente al libro inmortal su tributo valioso, atribuyendo á nuestra España la paternidad primera de la novela satírica y de costumbres, claro está que por *Don Quijote* y por Cervantes, destructores de los antiguos monstruos, sepultados en el olvido por la lanza del uno y por la pluma del otro. Seguramente que de nada que desconozcais os entero, si os digo que dejó Lista un trabajo inédito, escrito el año 40 y hasta el 72 no publicado, que había de encabezar un tomo séptimo, especie de comentario de comentarios, con que el maestro venerado exornaba y explicaba á su vez los de Clemencín, haciendo á un tiempo mismo justicia al comentarista y al comentado; que si para Lista fué *Don Quijote la más célebre de nuestras producciones, el primer libro de nuestro idioma*, el trabajo de Clemencín mereció que él lo llamara: *quizá la mejor obra de filología que tenemos en castellano* (9).

Ya es D. Antonio Cavanilles, un discípulo de Lista por cierto, quien sostiene con Cervantes donoso *diálogo*, entre los suyos políticos y literarios no el menos discreto, acerca de la obra que acabó,

en efecto, con los libros de caballería, pero acabando á su juicio con los caballeros: *Ya no hay*—dice—*desfacedores de agravios, y cada día hay más agravios que deshacer;* como que él creía, teniendo en cuenta los extremos de nuestro carácter, que después de aquélla, ha venido en decirse *quijotadas* á lo que antes se llamaba *respeto á las leyes eternas del pundonor y del decoro,* porque es muy fácil que cuando pasa el escalpelo entre la epidermis y la carne, acuda y brote la sangre. Pero yo os confieso sinceramente que tengo por injusta la acusación, y entiendo que, á pesar de *Don Quijote* y de las *quijotadas,* no se han acabado entre nosotros *las recatadas doncellas, los padres severos y los maridos puntillosos,* por cuya desaparición lloraba Cavanilles; ni hay, gracias á Dios, motivo fundado para creer que acaben pronto ni nunca (10).

Ya es otro Académico de la Historia y Ministro de la Corona, D. Fermín Caballero, de memoria tan grata para nosotros como para los estudiosos y los pobres, por la fundación de los dos premios al talento y á la virtud, que en su nombre confiere la Academia y cuya entrega acabais de presenciar, quien diserta, ahondando en materia por Navarrete desflorada, y pensando siempre *que todo cuanto tiene relación con el libro por excelencia es asunto digno de españoles castizos,* sobre la *Pericia geográfica de Cervantes,* en interesante opúsculo, dedicado á los lugares por éste descritos, y donde está contado entre los que con más belleza y más verdad se han distinguido en la descripción de la tierra, no inferior para él á Mela ni á Estrabón, á Plinio ni á Ptolomeo. Y allá sigue su entusiasmo á Don Quijote hasta en su desvarío, cuando á un tiempo mismo se le presentan *los que moran en el olivífero Betis, en el rico y dorado Tajo, en el de provechosas aguas divino Genil, en los tartesios campos de pastos abundantes, en los eliseos jerezanos prados; los manchegos ricos coronados de rubias espigas; los de hierro vestidos reliquias antiguas de la sangre goda; los que en Pisuerga se bañan, famoso por la muchedumbre de su corriente; los que ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso; los que tiemblan con el frío del silboso Pirineo y con los blancos copos del le-*

vantado Apenino, y cuantos toda Europa encierra. Y todavía, treinta años más tarde, ya *in senectute bona,* rompe con bríos de mozo una acerada lanza en defensa de Argamasilla de Alba, en un folleto que se titula *La Patria del Quijote,* y es refutación contundente de algo que un escritor regocijado llamó—perdonadle á él la gráfica frase y á mí su inevitable repetición—*berrido bibliográfico* (11).

Ya es D. Cayetano Rosell, otro individuo de esta Academia y su Bibliotecario, sucesor de Hartzenbusch á la cabeza del docto Cuerpo de Archiveros, el que, á pesar de su resistencia á figurar entre los que él llamaba con su habitual donaire *cervantistas andantes,* nos dejó del Palacio de los Duques la bella descripción, de que no me resisto á reproduciros algunas palabras: *Ese que veis ahí, medio palacio, medio castillo, en parte remozado y en parte viejo, oculto por uno y otro lado entre los troncos y verdes ramas de empinados árboles, y en medio y por su parte delantera desembarazado de todo estorbo, como para hacer mayor ostentación de su gallardía, es, por si no lo sabes, lector benévolo, aquel famoso castillo, en que, yendo camino de Zaragoza, hallaron Don Quijote y Sancho descanso tan apacible, gracias á la gentil disposición de aquellos señores, Duque y Duquesa, que ni se nombran, ni hay para qué nombrarlos* (12). Habíalos nombrado ya Pellicer, teniendo á los afortunados magnates visitados por el Caballero de la Triste Figura, por el Duque de Villahermosa y la Duquesa, *digna consorte suya, y digna señora de la hermosura, y universal Princesa de la cortesía,* según las nobles frases de su primer saludo; y teniendo á Pedrola por el fantástico palacio, á Buenavía por el bosque semi-encantado, y á Alcalá de Ebro por la *Ínsula Barataria,* grave teatro de las hazañas gubernamentales del buen Sancho, donde no hay poco para los que manden que aprender. Fué nuestro Rosell el que por vez primera publicara la vista de aquellos renombrados lugares, donde puso el poder del genio sucesos y personas que nos parece ver allí cuando los visitamos; y el dibujo de este grabado fué para el caso hecho por otro de nuestros Académicos, que antes había dirigido la restauración de la histórica morada, llena en realidad de los recuerdos del Duque-Castellán de Amposta, de

los últimos Ribagorzas y del mismo Papa Adriano VI, huésped suyo, que allí semeja que se codean con D. Quijote y su escudero, en confusión estrecha é inseparable de lo verdadero y lo fingido. El Académico de la Historia que esto había hecho fué D. Valentín Carderera, en su mocedad protegido de Palafox, de los Villahermosas luego, y tan apasionado de Cervantes como lo fué siempre de estos Mecenas aragoneses, bien merecedores de su cariño por amantes de las letras y de las artes, por protectores de literatos y de artistas, y en todas sus generaciones, sin excluir la presente, dignos mantenedores de la noble y española tradición, establecida por aquellos Grandes que Cervantes agradecido no dudó llamar: *Príncipes tan inclinados á favorecer las buenas artes* (13).

Y no me perdonaría si olvidara aquí á otro de nuestros ilustres muertos: el D. Serafín Estébanez Calderón que hizo célebre su pseudónimo de *El Solitario*, más todavía después de que la gratitud de Cánovas—en cuyo concepto *la cuenta de la gratitud no se cerraba jamás*—consagró á su biografía los dos volúmenes titulados *El Solitario y su tiempo,* que todos los que me escuchais conoceis (14). No quiero olvidarlo en esta ocasión, aunque no he tropezado con trabajo de Estébanez, grande ni chico, que recordar á vuestra atención, ni con el *Quijote* relacionado, ni que á la gloria de su autor se enderezara; pero decidme: ¿qué trabajo, artículo ni homenaje pueden ser comparables al hecho que refiere de él su deudo y biógrafo, cuando llega en aquel libro á hacer la relación sencilla y conmovedora de su cristiano fin? *Cumplidos*—dice Cánovas—*todos los deberes religiosos—tardando en llegar la muerte algún tanto más que pensaba,—todavía quiso oir, antes de dar á Dios el alma, una ó dos de las honestísimas páginas del* Don Quijote. ¡Que es muerte ciertamente propia del que nuestro gran patricio tuvo y declaró por modelo de rancios españoles, hasta llamarlo: *acabado tipo de lo que ellos eran cuando en el mundo pasaban por más dignos de estima que ahora!*

*
* *

Llegamos ya—espero que no estareis de sobra cansados de tener que seguirme en esta larga excursión de más de un siglo;—llegamos ya á tiempos más cercanos á los nuestros y al recuerdo de personas que todos hemos tratado, respetado y querido. Los nombres ilustres acuden en tropel á mi pluma: Fernández-Guerra, La Fuente, Madrazo, Vidart, Barrantes, Molíns, Gayangos, Cánovas del Castillo; toda una época de gloria para las letras españolas, de espléndido florecimiento de los estudios históricos en nuestro país. Todos, más ó menos, aportan su concurso preciado á la glorificación de Cervantes, á la ilustración del *Quijote;* todos tienen derecho á ser recordados en este modesto trabajo, según el pensamiento en que se inspiró la Academia al encargármelo.

Dejadme que os recuerde, con la sensible brevedad que la ocasión reclama, á D. Aureliano Fernández-Guerra, que no por haberse consagrado principalmente al detenido estudio de otra de nuestras primeras y más originales figuras literarias, el sin igual Quevedo, del que fué biógrafo y comentarista, se olvidó de Cervantes, como bien lo acusan, con otros escritos suyos, su *Carta sobre las Novelas ejemplares*, su artículo sobre *¿Dos sonetos de Cervantes, inéditos?*, su trabajo *Cervantes esclavo y cantor del Santísimo Sacramento,* y hasta su drama de tiempos más juveniles, *La hermana de Cervantes,* que no llegó á imprimirse, y que él calificaba, sin embargo, de *hija predilecta de su corazón*, al decir del que le sucediera en estos escaños (15).

Breve es, pero sabroso, lo que me hace recordaros que D. Vicente de la Fuente, en tiempos de encarnizado combate, pasados por fortuna nuestra, se valió de la presentación del que llamó *Don Quijote desamortizador,* para arremeter gallardamente contra la obra revolucionaria, con todo el coraje de su voluntad aragonesa, con todos los recursos de su cultivado ingenio, que también tienen ingenio los *clericales,* aun siéndolo tan francos y tan netos como este sabio Rector de la Universidad de Madrid lo fué (16).

No puede seros tampoco desagradable que os recuerde que otro de nuestros individuos, igualmente Secretario perpetuo de esta Cor-

poración, D. Pedro de Madrazo, tan artista como literato, y tan literato como arqueólogo é historiador, poseído de todo el amor á la Historia y al Arte que puede sentir un español de raza, por el nacimiento y la primera educación romano, en medio de los trabajos incesantes que representan sus sabias descripciones de nuestros modernos museos, sus viajes de tres siglos á través de las joyas de nuestra pintura, sus admirables relaciones de la España vieja, histórica y monumental, nos dejara demostrado, en el breve artículo que del *Valle de los Cipreses* escribió, de acuerdo con el mismo Cervantes, hablando por la boca de Telesio: *Cuán acepta es al cielo la loable costumbre de hacer estos añales sacrificios y honrosas obsequias;* que es recuerdo que viene como anillo al dedo en estos días y en esta ocasión (17).

No es posible dejar para más tarde el hablaros de D. Luis Vidart, que fué entendido artillero como Ríos, y su crítico y su biógrafo, y que, más afortunado, á mi juicio, cuando elogia á Cervantes que cuando combate á Colón, prestó á la memoria del autor del *Quijote* continuado tributo en innumerables folletos, estudiando hoy *Algunas ideas de Cervantes referentes á la literatura preceptiva,* publicando otro día sus *Apuntes críticos sobre el Quijote y el Telémaco*, dando noticia de *Dos nuevos historiadores de la vida de Cervantes*, disertando sobre el *Quijote y la clasificación de las obras literarias,* tratando de los biógrafos de Cervantes en los dos siglos anteriores, el XVIII y el XIX, y estudiando discretamente las interesantes *Coincidencias* de su vida con la de Camöens (18).

Ni es para los cultos menos familiar ni menos estimado el nombre de D. Vicente Barrantes, que se llamó á sí mismo pobre y errante náufrago, como arrojado sin cesar de la poesía en el periodismo, del periodismo en la política, de la política en la administración, hasta acabar por ser acertado investigador de cuantos libros, memorias y papeles se refieren á las antigüedades extremeñas; pero acaso no os sea tan conocido el curioso artículo sobre un *Proyecto ignorado de monumento á Cervantes*, que publicó en 1871 (19). El que se calificó de «jornalero literario, que, con la azada al hombro, recorría el uni-

verso buscando el pan de sus hijos,» topó con esa misma feliz azada, entre los rincones polvorientos del Archivo complutense, con varias minutas de planes relacionados con la memoria de Cervantes, formadas por los Ministros de José Bonaparte, y en bien trazada epístola hizo partícipes de su curioso hallazgo á los cervantistas y al público. Por él sabemos que aquellos españoles equivocados—pero cultos,—que buscaban para su patria en el servicio de aquel régimen extraño algún reflejo de la gloria del vencedor de Europa, ella misma tan efímera y aparente como resultó á poco sobre la roca de Santa Elena; que aquellos españoles ilusos, no mal intencionados, en medio de tamañas luchas y dificultades, aún tuvieron tiempo para pensar en erigir al autor del *Quijote* dos estatuas: una en Madrid, y en el lugar mismo en que murió; otra en Alcalá de Henares su patria, en la Plaza grande del Mercado, frente á la parroquia de Santa María donde se le bautizó, y ésta costeada por todas las ciudades del Reino, sin otra excepción que la de Alcalá misma, por haber sido su cuna privilegiada. Por él sabemos también que habían de trasladarse solemnemente sus restos mortales á la parroquia más inmediata desde las Trinitarias Descalzas, al mismo tiempo que los de Saavedra Fajardo desde Recoletos; los de D. Antonio de Solís desde San Bernardo; los de D. Jorge Juan desde San Martín; los de Salazar y Castro, mi maestro sapientísimo, desde la iglesia de Montserrat.

Y este recuerdo de tales sepulturas me trae ahora por camino natural al de otro trabajo no menos interesante. Todos vosotros habeis conocido á D. Mariano Roca de Togores, primer Marqués de Molíns, que fué cuatro veces Académico, no sé cuántas Ministro, muchas Embajador, y que á todos los honores—que no se reunieron pocos en su persona, desde la Grandeza de España hasta el áureo vellocino del Toisón—prefirió siempre los que en el orden científico y literario recibió merecidamente de esta Real Academia y de las otras sus hermanas. Fuera de lo contenido en los seis tomos que de sus *Obras completas* recopiló su ilustre viuda, hizo el Marqués—por encargo de la Academia Española que dirigía—concienzuda Memo-

ria sobre *La sepultura de Cervantes,* donde tras de referir los trabajos que pasó en su busca, dió á conocer el fruto de sus pesquisas y consignó su juicio autorizado sobre asunto de tamaño interés. Cuánto el noble Prócer con diligente afán rebuscó, cuánto investigó para poder asegurar que *todo el Convento de las Trinitarias Descalzas,* nuestro vecino, constituye *La sepultura de Cervantes,* es curiosa materia de ese libro ó Memoria, sazonada discretamente con otras noticias muy interesantes sobre la España del siglo XVII, sobre la fundación del Convento y su patronato en la Casa de Medinaceli, sobre sus piadosas y sencillas moradoras, sobre Lope de Vega y Sor Marcela de San Félix, sobre todo este barrio de las Huertas y sus calles de Cantarranas y del Humilladero, *en que vivía aquella turba pecadora y piadosa, pobre y regocijada, de ingenios, comediantes y artistas,* en cuya vecindad vino á morir Cervantes (20).

No es, por cierto, menos curioso ni se refiere á período de menor importancia de su vida el trabajo de D. Pascual de Gayangos, que el ilustre orientalista publicó en la *Revista de España,* titulándolo *Cervantes en Valladolid,* y que es más bien la descripción de un manuscrito inédito, de autor desconocido y portugués, existente en la *Biblioteca del Museo Británico de Londres,* con el título de *Memorias de la Corte de España en* 1605. Todavía era entonces Valladolid, contra las pretensiones de fresca data de esta villa madrileña, centro de nuestra insigne Monarquía, Corte *la más espléndida, culta, entretenida y alegre de cuantas en el mundo hay, como que nunca en parte alguna se vió ciudad que le aventajase en el lujo y ostentación de su nobleza, hermosura, donaire, gracia y discreción de sus damas, y general disposición de sus habitantes;* que todos éstos y otros muchos encomios se rinden allí á la vieja ciudad castellana. Y después de tratar de la estancia del escritor en ella, que es su objeto principal, nos mete de rondón Gayangos, con su portugués anónimo, que más parece andaluz, en la intimidad de todo un mundo y de toda una época, en el detalle minucioso de las solemnes Embajadas de Persia y de Inglaterra, de las fiestas de aquellos días nunca antes vistas ni ce-

lebradas, del bautizo solemne del que fué después Felipe IV, y de tantas cosas, sucesos y personas interesantes, no tratados en otros libros de mayor importancia, que, aunque no tengan ya con Cervantes manifiesta relación, fueron sus contemporáneas y deleitan verdaderamente con su recuerdo (21).

Por fin, cerrando con broche de oro éste como libro de nuestros muertos cervantistas, he de hablaros de Cánovas. Yo celebro doblemente que D. Antonio Cánovas del Castillo se inspirara para alguno de sus trabajos—no de los menos notables—en el discurso famoso del héroe de la Mancha sobre las letras y las armas: primero, porque siempre es agradable leer—y más leer de nuevo—cuanto produjo aquella pluma varonil, cuanto brotó de aquel espíritu vigoroso, nutrido de buena y fuerte doctrina, inspirado siempre por el amor ardiente de las cosas grandes; después, porque me es gratísimo consagrar en esta ocasión un recuerdo cariñoso á aquel hombre extraordinario, que por tanto tiempo figuró al frente de esta Real Academia, con gloria de ella y de él, precediendo inmediatamente al respetable Prócer que hoy, con tanto placer nuestro, nos preside, y que todos deseamos nos presida por luengos años. Vivió Cánovas con merecida fama de estadista, y su nombre se inscribió por la historia de Europa entre los de Bismarck y Cavour; que si el fiero alemán resucitó el Santo Imperio con los Hohenzollern, y el astuto piamontés preparó la Monarquía italiana para los Saboyas, el sabio español rehizo la Realeza castellana con los Borbones, viniendo simplemente, según su frase profunda y hermosísima, á continuar la historia de España. Vivió con fama tal, que sólo á aquellos casi fundadores de pueblos se les reconoció por sus iguales, demostrando de lo que son capaces un alma bien templada y una superior inteligencia, honradamente amaestrada por el hondo conocimiento de la Historia; y murió todavía más gloriosamente, incluído en el noble martirologio de los grandes mantenedores de los altos principios sociales, en el martirologio de los grandes defensores del orden y de la autoridad, inmolado ciegamente por las sentencias estúpidas é inútiles de la barbarie que amenaza de nuevo al mundo,

cuando más se creía en las cumbres supremas de una civilización definitiva. El supo de todo, y habló y escribió de todo, y entre lo mucho y bueno que escribió, no es ciertamente lo menos importante ese artículo en que nos entera *Del principio y fin que tuvo la supremacía militar de los españoles en Europa,* y donde más de una vez se invoca el recuerdo del discurso de Don Quijote, en que Cervantes describiera la original figura del soldado español desnudo y pobre conquistando el mundo (22).

¿Lo conoceis por ventura? Leedlo si no lo habeis leído, que hay en ese trabajo, como en cuanto escribió Cánovas, enseñanzas provechosísimas y la explicación única de muchas cosas cuyo desconocimiento trae á las generaciones modernas inquietas y desconcertadas; porque—como él mismo ha escrito en otra parte—*es hora siempre de que alguien recuerde á las naciones lo que han sido, para que puedan tomarlo por punto de partida de lo que quieran y merezcan ser.*

*
* *

Aun, señores, con el temor de que esta enumeración que me veo precisado á hacer vaya siendo de sobra fatigosa para vosotros; aun con el temor, mayor todavía, de ofender alguna modestia por fortuna viva, yo no puedo callar en esta ocasión los nombres de otros ilustres compañeros nuestros, que han contribuído igualmente á la formación de esta corona de Cervantes cuya descripción me toca haceros. Hay alguno alejado de nuestras juntas y de nuestras tareas por lós rigores de la enfermedad; hay otros en plena salud y en pleno trabajo, y hasta parece que más laboriosos y más fecundos á medida que avanzan en años y en autoridad.

Sin duda que, á no tenerle abatido y doliente los achaques, sería el Sr. Asensio, con grandísima ventaja de la Academia y de vosotros, el que hoy ocupara este lugar, que le corresponde por derecho propio, conquistado en medio siglo de batallar cervantino, y

que á mí se me hacen largos los minutos para abandonar. Pero puesto que soy yo quien os habla, permitidme que os recuerde en breves frases esa vida laboriosa, casi compartida entre el amor de Cervantes y el amor de Colón—que es poner bien sus amores,—con aciertos que pocos han igualado y que no ha superado ninguno. Es D. José María Asensio por derecho clarísimo é incontestable el primer *cervantista* de nuestro país, si hemos de creer según es debido á sujeto de tanta cuenta personal y literaria como el Doctor Thebussem, que lo declara hasta padre é inventor de la palabra. Desde el volumen, raro ya, de *Documentos inéditos sobre Cervantes,* que publicó en 1864, hasta su discurso de entrada en la Real Academia Española, que leyó nada menos que cuarenta años después, en 1904, y que versa sobre las *Interpretaciones del Quijote*, pasando por todos los trabajos que se contienen felizmente en el tomo titulado *Cervantes y sus obras,* y por otros muchos que no se encuentran en él, la labor del Sr. Asensio merece bien aquel dictado (23). Dejadme que os recomiende—si no la conoceis—la curiosa polémica sostenida por él con Benjumea sobre la *Estafeta de Urganda,* en que modesto y tranquilo, pero invencible razonador, deja en su lugar debido de molinos de viento los ejércitos inventados por la exuberante fantasía del otro escritor andaluz. Consentidme que os encarezca la lectura del interesante artículo consagrado al *Compás de Sevilla,* en que el autor moderno, inspirándose á la perfección en el modelo, nos hace descripción cumplida de este lugar famoso, inmortalizado por Cervantes á la par de los Percheles de Málaga, de las Islas de Riarán, del Azoguejo de Segovia, de la Olivera de Valencia, de la Redondilla de Granada, de la playa de Sanlúcar, del Potro de Córdoba y de las Tendillas de Toledo, lugares en que toda la picardía de la España de entonces tuvo su asiento, y en que había encontrado campo feraz para su provechosa vida el ventero del *Quijote,* de truhanesco recuerdo. Permitidme, en fin, que os llame la atención sobre el estudio histórico titulado *El Conde de Lemos,* que es el trabajo más luminoso hecho hasta ahora acerca del *Protector de Cervantes,* de aquél á quien,

cuatro días antes de morir, dirigía el manco insigne su dedicatoria memorable:

Puesto ya el pie en el estribo,
Con las ansias de la muerte,
Gran señor, ésta te escribo;

de aquel magnate esclarecido y generoso, poeta y literato él mismo, como lo fueron casi siempre en la España del pasado los grandes señores, inspirándose en la tradición del Marqués de Santillana; tradición que en nuestros días me temo que—de sobra raquítica y desmedrada—perece casi en el abandono y el olvido, con daño manifiesto y grande de la cultura nacional.

Yo quisiera ahora que se tapara los oídos nuestro Secretario perpetuo, si es que piensa con el común sentir que es sólo la hora de la justicia la de la muerte. ¿Qué culpa tengo yo de que se le ocurriera, va para treinta y seis años, al que luego había de escribir la *Historia de la Marina española*, intentar en su folleto *Cervantes marino* la demostración de que él lo fué, por algo más que por haberse hallado en aquella jornada de Lepanto, *la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros;* y de cuya modesta intervención en ella, él mismo dió perpetua noticia á la posteridad diciendo:

Dónde con alta de soldados gloria,
Y con propio valor y airado pecho,
Tuvo, aunque humilde, parte en la victoria?

¿Por algo más que por haber salido manco de un combate marítimo, que será eternamente blasón de su siglo y de su patria, y era el mayor orgullo de su vida modesta y trabajosa:

Bien sé que en la naval dura palestra,
Perdiste el movimiento de la mano
Izquierda, para gloria de la diestra?

¿Es que no habeis leído ese donoso escrito del Sr. Fernández Duro, en que el autor de *Don Quijote* queda en alto lugar como hidrógrafo y como piloto, como astrónomo y como geógrafo, como un verdadero lobo de mar, en el estudio tanto como en la práctica de

la navegación peritísimo? Pues para que no digais que ha sido por causa de su honrosa profesión—el Sr. Fernández Duro, lo sabeis todos, viste el uniforme de nuestra Marina Real,—por lo que el Secretario de esta Academia ha descubierto en Cervantes conocimientos tales, os recomiendo la lectura de otro trabajo suyo, bien ajeno á su nobilísimo oficio, como que se titula *La Cocina del Quijote*, con la adición de *Disertación científico-histórico-filosófica*, y que es por cierto lectura más grata y más apetitosa que los manjares mismos cuyo recuerdo tan discretamente evoca. Un libro que comienza con aquellas palabras tan sabidas: «una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos.....»; un libro en que se describen tan cumplidamente las bodas de Camacho, «en que los cocineros y cocineras pasaban de cincuenta, todos limpios, todos diligentes y todos contentos,» y en que las seis ollas, que eran seis medias tinajas, «así embebían y encerraban en sí carneros enteros, sin echarse de ver como si fuesen palominos,» y en que «las liebres ya sin pellejo y las gallinas sin pluma, que estaban colgadas por los árboles para sepultarlas en las ollas, no tenían número,» y en que contó Sancho «más de sesenta zaques de más de á dos arrobas cada uno, y todos llenos, según después pareció, de generosos vinos;» un libro así, ¿cómo no había de despertar el apetito literario de goloso tan refinado como el Sr. Fernández Duro? Leed ese artículo los que también sentís que vuestro apetito se despierta, y estad seguros de que lo satisfará con creces su lectura (24).

Por aquí se sienta otro de nuestros compañeros, de renombre europeo, el Sr. D. Fidel Fita y Colomé, á quien en esta Casa se llama con cariñosa familiaridad el Padre Fita, porque habreis de saber, si es que alguno de vosotros lo ignora, que él es sacerdote y jesuita, para desesperación y tormento de los que creen—ó fingen creer—que la ciencia está reñida con la Religión, la Compañía de Jesús con las luces y con el trabajo la sotana. Muchos años hace—más de un cuarto de siglo—que en el periódico *La Antorcha de Manresa* se pu-

blicó por él una de las varias cartas que se conservan inéditas en el archivo municipal de la ciudad catalana, referentes al que nosotros llamamos con Cervantes Roque Guinart, y se llamó verdaderamente Rocaguinarda (25). De fijo que os acordais del encuentro de Don Quijote y Sancho con el célebre bandolero y su compañía en las cercanías de Barcelona: aquél su capitán *de hasta edad de treinta y cuatro años, robusto, más que de mediana proporción, de mirar grave y color moreno,* que *venía sobre un poderoso caballo, vestida la acerada cota, y con cuatro pistoletes, que en aquella tierra se llaman pedreñales.* Hombre que, aunque ladrón de caminos, fué tratado por Don Quijote de *valeroso Roque, cuya fama no hay límites en la tierra que la encierren,* y á quien éste brindaba para penitencia de sus pecados con que se hiciera á su lado y con su enseñanza caballero andante, *donde se pasan tantos trabajos y desventuras..... que en dos paletas le pondrán en el cielo;* hombre de carne y hueso, con quien pasó Don Quijote tres días y tres noches, y que, *si estuviera trescientos años, no le faltara que mirar y admirar en el modo de su vida;* que acaso fué el primero en la serie no escasa de los *bandidos generosos y corteses*, héroes de tantos romances, bien merecía que se llamara sobre esos documentos que le conciernen la atención pública, como el Padre Fita hizo antes que nadie, para más ilustrar en esta parte el libro inmortal, confirmando y esclareciendo las noticias sobre el *gran Roque*, apuntadas ya por Clemencín en su *Comentario.*

Yo siento, señores, tener que hablaros todavía de otro Académico viviente, cuyo nombre está de seguro en vuestro pensamiento y en vuestros labios; y lo siento de veras, porque se trata de persona de quien no es fácil hablar con elogio moderado, sino acudiendo forzosamente á registros que pudieran parecer los de la lisonja, si no fuera él á quien se dirigen estos juicios, si no fuera yo quien los formulara, y si no fuérais vosotros, tan cultos y bien enterados, los que me estais escuchando. Pero si del Emperador Carlos V dicen que presenció en Yuste sus propios funerales, el Sr. Menéndez y Pelayo, que es un emperador de nuestras letras, tiene que resignarse á oir que se digan de él cosas que en esta Casa no se acostumbran más

que póstumas. Yo os confieso que no creo que se haya consagrado al *Quijote* nada más hermoso que lo dicho recientemente por el señor Menéndez y Pelayo. Nos parece que era ayer—¡tan de prisa marchamos!—y va para treinta años que nuestro insigne compañero, que sorprendía á España y á Europa con su aparición de niño prodigioso—lo de niño pasó, vosotros me direis si lo de prodigioso perdura,—ya estudiaba á *Cervantes considerado como poeta,* ya le consagraba diversos artículos de *Bibliografía* sobre las varias obras inéditas, sacadas por Castro de códices de la Biblioteca Colombina; pero desde esa época, que ya va siendo lejana, ¡cuánto camino recorrido!: las canas nos han transfigurado á todos, los que por esos tiempos comenzábamos, más ó menos modestamente, la difícil jornada. También las tiene él ya, y con las canas indiscretas la madurez y la sazón han llegado para su talento, y el rico fruto de su labor presente corresponde bien con aquellos comienzos originales y desusados. ¿Estuvísteis vosotros hace cosa de un año en la sesión de la Academia Española, en que nuestro Bibliotecario perpetuo, á nombre de aquella docta compañía, recibió al Sr. Asensio? ¿Le oísteis aquella luminosa disertación sobre las *Interpretaciones del Quijote*, en que, á mi juicio, la verdadera significación de la obra inmortal quedó ya establecida de una manera terminante, contra todos los delirios y todas las extravagancias, para que nadie sea osado á intentar otra mientras el sentido común, aunque tan maltrecho y vilipendiado, conserve entre nosotros su indispensable imperio? Si estuvísteis allí, nada tengo que deciros ahora, porque nada de eso habreis olvidado; pero si no estuvísteis, leed ese discurso y quedareis perfectamente enterados de todo el sentido esotérico del libro famoso, tan traído y llevado por las fantasías exuberantes de las imaginaciones enfermizas, aun cuando—según el mismo que lo escribió—no había de tener jamás necesidad de comento, *porque es tan clara* (la historia) *que los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran.....* (26).

*
* *

Después de todo esto, os cansaría demasiado sobre lo que ya vengo cansándoos, y esto que os leo tomaría proporciones desmesuradas, si os refiriera detalladamente cuanto muchos de nuestros dignos Correspondientes han escrito y han hecho sobre estos mismos y otros análogos particulares; por lo que, muy á mal de mi deseo, habré de limitarme á consagrar un recuerdo al erudito D. Adolfo de Castro, el brioso contrincante de Gallardo, cuyo nombre resulta inseparable del de Cervantes y su célebre *Buscapié;* al historiador toledano D. Antonio Martín Gamero, cuyo fué entre otros el curioso trabajo *Jurispericia de Cervantes*, no siendo para olvidado el interesante estudio sobre los *Recuerdos de Toledo* que se evocan en sus obras; y entre los vivos, á D. Joaquín Olmedilla y Puig, que recientemente ha publicado el opúsculo que tituló *Cervantes en ciencias médicas*, completando en cierto modo el dedicado á las *Bellezas de medicina práctica, descubiertas en el Ingenioso Hidalgo,* por el señor Hernández Morejón; á D. Manuel de Foronda, que no por constantemente ocupado en seguir día por día los pasos del gran Emperador, ha dejado de encontrar tiempo para estudiar las idas y venidas del autor de *Don Quijote*, de que da buena muestra su trabajo *Cervantes viajero*, que no es el solo que le ha dedicado su laboriosidad; á D. Francisco Rodríguez Marín—iba á decir el Bachiller Francisco de Osuna,—en quien, según el maestro de la crítica contemporánea, *el agudo ingenio y la castiza erudición viven en el más amigable consorcio;* y por fin, muy especial y muy cariñoso, al escritor eximio, que desde el fondo de un pueblo de provincias, en artículos cuyo gracejo, cuyo estilo y cuya amenidad son justa causa de que siempre se encuentren cortas por todo extremo las *Raciones* en que nos los suministra, tan viva luz ha dado á nuestras letras.

Habreis comprendido que me refiero á D. Mariano Pardo de Figueroa, quien de 1862 á 1868 publicó con notas y apéndices las *Siete cartas sobre Cervantes y el Quijote, dirigidas por M. Droap al muy honorable Doctor Thebussem*, á que siguieron otras dos, que todas fueron en su tiempo deleite de cervantistas y regocijo de letra-

dos (27). Yo desconozco el paradero actual del autor, no sólo de esas preciosas epístolas, sino de muchos otros trabajos cervantinos de idéntico valor; pero sé muy bien que vive, por fortuna, en el dulce retiro de su pueblo, en el amor constante de las letras, en el cuidado honroso de la hacienda, en el seno de la amorosa familia.....

Y sigue la escondida
Senda, por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido.

Y puesto que sé que vive, y no sé dónde, y el Sr. Pardo de Figueroa sí lo sabe, desde aquí le ruego que haga conocer nuestro recuerdo á Droap, aunque tenga que valerse para ello de la mediación del Doctor Thebussem, que no se la negará seguramente.

Estos nombres extranjeros y enrevesados me llevan como de la mano á hablaros de otro Correspondiente nuestro, el Profesor Lidforss de la Universidad de Lund en Suecia: con el suyo voy á terminar estos desaliñados recuerdos, lleno de toda la simpatía que debe merecernos un sueco, traductor á su idioma del *Don Quijote de la Mancha,* y no traductor de cualquier manera. Para hacerlo muy bien, como en efecto lo hizo, dejando en el peor lugar la conocida frase italiana, este hijo del Norte se constituyó en vecino de la imperial Toledo, aunque, según mis noticias, no fué huésped, por su dicha, de la *Posada de la Sangre;* y allí castellanizado por su aprendizaje de la lengua que hablaron los héroes cervantinos, por el conocimiento pleno de cuanto la vieja ciudad encierra de monumentos y de recuerdos, compendio de nuestra historia y de nuestra civilización enteras, pudo, de vuelta á Stockolmo, traducir á Cervantes en la obra por excelencia, haciendo además otras publicaciones españolas, cuya enumeración no es ahora del caso, pero que todas le aseguran la consideración y la gratitud de España, de que yo me atrevo á hacerme intérprete en esta solemne ocasión (28).

Y para concluir ya de veras, permítase que no olvide á alguien que es de esta Casa porque en ella trabaja; á alguien que es nuestro por la comunicación diaria y por el afecto que todos le tenemos,

aunque no ocupe entre nosotros el lugar que merece su labor y que jamás solicitó su modestia; al docto sacerdote D. Cristóbal Pérez Pastor, á quien el Sr. Menéndez y Pelayo no ha vacilado en llamar: *entre nuestros investigadores de historia literaria, sin par por el número y calidad de sus hallazgos.* A nadie, de entre los que nos conocen, extrañará que el que ha dado al público los dos preciosos tomos de *Documentos* que justifican tales frases, tenga memoria en esta especie de bibliografía cervantina de los moradores de esta nuestra Casa, que es, en resumen, lo que he tenido el honroso encargo de hacer y lo que tan imperfectamente he hecho.

*
* *

Estas son, señores, las flores preciadísimas, de vivos colores y deliciosa fragancia, con que los individuos de esta Real Academia han contribuído antes y ahora á la corona inmarcesible que ciñe las sienes del Manco inmortal. Tales son las piedras que ellos han puesto en todo tiempo en el majestuoso y secular edificio de las ilustraciones cervantinas, levantado por tan innumerables artífices, con materiales traídos de todas partes; obra portentosa de propios y de extraños, en que han rivalizado nacionales y extranjeros, fruto lento de tres largas centurias, como esas catedrales maravillosas de la Edad Media, que, entre tanta cosa pequeña y deleznable, nos dan alguna idea de lo inconmovible y de lo eterno.

Puede tal vez creerse por algún espíritu estrecho que no se acomoda del todo esta conmemoración de hoy á los fines precisos y limitados de nuestro Instituto, porque Don Quijote y Dulcinea, Sancho y Teresa Panza, la sobrina y el ama, Luscinda y Cardenio, Marcela y Altisidora, el Cura y el barbero, Dorotea y la Infanta Micomicona, Maese Pedro y el Bachiller Sansón Carrasco, Camacho el Rico y Basilio el Pobre, la Condesa Trifaldi y Doña Rodríguez de Grijalba, no son personajes de la Historia, sino productos de la fantasía; no existieron jamás sino en la imaginación creadora del

Manco sano; pero ¿es que no habeis visto á los grandes historiógrafos españoles durante más de un siglo ocupados en estudiarlos, en enterarse de sus menores pasos y movimientos, en averiguar solícitos dónde nacieron, dónde vivieron, por dónde viajaron, en qué sitios les ocurrieron éstos ó los otros sucesos, en qué parajes les sobrevinieron éstas ó aquéllas de sus singulares aventuras? Ellos fueron motivo de preocupación—ya lo habeis oído,—lo mismo para el maestro de la *Táctica de Artillería* que para el panegirista del Cid y de Isabel la Católica; lo mismo para el historiador de la dominación arábiga que para el maestro de la *Filosofía de la Eloquencia;* para el autor del *Delincuente honrado* como para el biógrafo de Melchor Cano; lo mismo para el padre de la *Iconografía Española* que para el que relató magistralmente los *Viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo* XV; lo mismo para el que nos dejó la *Descripción del combate naval de Lepanto* y de la expedición de Cisneros en Orán, que para el autor de los *Estudios críticos sobre la Historia y el Derecho de Aragón;* lo mismo para el traductor y comentarista de Ticknor que para el autor de *La Cantabria* y *El Libro de Santoña,* narrador elegante de la famosa conjuración de Venecia; lo mismo para el estadista eminente y grande orador parlamentario que para el poeta inspirado, cantor sublime de *La vida humana* y de *La tarde;* lo mismo para el epigrafista infatigable y émulo de Hubner que para el delicado biógrafo de la *Santa hidalga,* como *Don Quijote* manchega; lo mismo para el que ha recopilado sabiamente los hechos gloriosos de nuestra antigua Marina que para el historiador profundo de *Los heterodoxos españoles* y de las *Ideas estéticas en España.* Al pasar por las manos de todos ellos, esos personajes fingidos, forjados por el genio, han tomado como carta de naturaleza en nuestra Historia, como ya la tenían en la leyenda al arraigar sus nombres, sus hechos y sus frases en el conocimiento y el decir populares. El genio los creó; aceptólos la leyenda con amor; parece que al fin los ha prohijado la Historia.

De todos modos, si se honra esta Academia con el cargo de guardadora insigne de la Historia y de la Tradición, que son, según la

frase hermosa de Fustel de Coulanges, el alma inmortal de la Patria, como es su cuerpo el suelo sagrado y bendito, mil veces regado con la sangre de los antepasados, lleno de sus cenizas venerables; si á esta Academia le están encomendadas la Tradición y la Historia, ella, conservándolas y depurándolas, propagando su conocimiento y su difusión, hace obra verdaderamente patriótica, obra eficaz y honrada de sana cultura y de regeneración verdadera, porque á un pueblo como el español, para que sienta el patriotismo todo lo grande y todo lo hondo que debe ser sentido, bástale con conocer de veras su magnífico pasado, con mantenerse discretamente atento á sus verdaderas elocuentísimas enseñanzas.

Todas las grandes tradiciones españolas tienen, pues, en esta Casa el ardiente culto que merecen, como fuente de vida y de progreso que ellas son, cuando no se las deja dormitar y consumirse en criminal estancamiento; y por eso, si hace muy poco tiempo celebrábamos, por voz mucho más elocuente que la mía, el cuarto Centenario de la muerte de Isabel la Católica, en cuyo nombre augusto se resumen la gran tradición política, la gran tradición monárquica, la gran tradición guerrera y regeneradora de la Patria, hecha por esa mujer providencial una é indivisible, hoy celebramos gustosos la gran tradición literaria que este nombre de Cervantes encarna y el tercer Centenario de la aparición del *Quijote* representa, creyendo igualmente que hacemos algo por el mejoramiento de España, sujeta á los vaivenes y las vicisitudes por que pasa todo lo humano, hoy dolorida y sin ánimos como ayer fuerte y poderosa, mañana ¿quién se atreverá á asegurar que no? restablecida de sus males, y dispuesta á proseguir en la vida universal los destinos inmortales de nuestra raza y los mandatos imperiosos de nuestro maravilloso abolengo. A nosotros, cumpliendo con nuestro deber, nos encontrareis siempre dispuestos, confortados por estos estudios, á oponer á los cobardes desmayos y á los desfallecimientos suicidas el viril *sursum corda* que constantemente encontramos en las páginas de nuestra Historia, en los muchos momentos críticos de nuestra existencia tantas veces secular. Aquí estaremos siempre, con la Historia por

guía y el despertar de la Patria por nuestra suprema aspiración, consagrados á defender con todos nuestros medios—grandes los de los unos, modestos los de los otros, entre los cuales estoy yo—cuantos ideales en el curso de los siglos formaron y engrandecieron el alma española, y han de ser en un seguro porvenir su vida y su grandeza. Contra los vientos desatados y las embestidas salvajes de la locura anti-patriótica, aquí estaremos siempre dispuestos á la batalla—como lo estuvieron sin flaquezas los varones ilustres, los grandes españoles cuyos nombres he tenido el placer de traer hoy á vuestra memoria, los muertos insignes con quienes vivimos en la comunión constante del espíritu,—como lo estarán seguramente los que vengan á estos escaños después de nosotros, rindiendo todos el honor merecido al lema que llevamos escrito en estas medallas que constituyen nuestra preciada insignia, haciendo que huya avergonzada y en derrota la noche, ante la luz esplendorosa de nuestra verdadera Historia: *Nox fugit, historiæ lumen dum fulget iberis.*

He dicho.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

(1) D. Vicente de los Ríos y Galve (y no Salve, como han escrito algunos de sus biógrafos), Señor (y no Marqués) de las Ascalonias, nacido en Córdoba hacia 1736-1737; recibido en la Academia de la Historia el 10 de Enero de 1772; su Censor desde el 12 de Junio inmediato; † el 2 de Junio de 1779.—*Análisis del Quixote.—Vida de Cervantes.—Pruebas:* Madrid, Ibarra, 1780. Repetida la publicación en 1782 y 1787.

(2) D. Juan Antonio Pellicer y Saforcada, nacido en Encinacorva (Zaragoza) hacia 1738; recibido en la Academia el 18 de Diciembre de 1795; † el 10 de Septiembre de 1806.—*Vida de Cervantes:* Madrid, Sancha, 1797. Repetida en 1799-1800.—*Examen crítico del Anti-Quixote:* Madrid, Sancha, 1806.

(3) D. Martín Fernández de Navarrete y Jiménez de Tejada, nacido en Avalos (Logroño) el 8 de Noviembre de 1765; recibido en la Academia el 17 de Noviembre de 1815; su Tesorero desde el 29 de Noviembre de 1816; su Censor desde el 30 de Octubre de 1818; Director de la Academia desde el 25 de Noviembre de 1825, hasta su muerte en 8 de Octubre de 1844.—*Vida de Miguel de Cervantes Saavedra:* Madrid, Imprenta Real, 1819.

(4) D. Diego Clemencín, nacido en Murcia el 27 de Septiembre de 1765; recibido en la Academia el 5 de Diciembre de 1806; su Tesorero desde el 25 de Noviembre de 1808; su Secretario desde el 25 de Febrero de 1814, hasta su muerte en 30 de Julio de 1834.—*Comentario al Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, publicado con esta obra: Madrid, Aguado, 1833.

(5) D. Gaspar Melchor de Jovellanos y Ramírez de Jove, nacido en Gijón el 5 de Enero de 1744; recibido en la Academia el 2 de Marzo de 1788; † en Puerto de Vega (Asturias) el 27 de Noviembre de 1811.—*Juicio sobre la disertación epistolar de D. José Baretti acerca de la edición del* Quijote *de la Real Academia* (ms.)—*Carta* á D. Bernardo Rivera y Larrea sobre su libro titulado *Historia del distinguido y noble caballero asturiano D. Pelayo Infanzón de la Vega* (ms.)—Ambos existentes en el Archivo *Jovellanos* del Instituto de Gi-

jón; el segundo publicado por D. Julio Somoza en su folleto *Jovellanos: nuevos datos para su biografía:* Madrid, Rubiños, 1885.

(6) D. José Antonio Conde, nacido en Peraleja (Cuenca) hacia 1765; recibido en la Academia el 3 de Agosto de 1803; su Anticuario desde la misma fecha; † el 12 de Junio de 1820.—*Carta en castellano, con postdata poliglota.....* en contestación al impugnador de las notas de Pellicer: Madrid, Sancha, 1800.

(7) D. Tomás López, nacido en Madrid hacia 1730; recibido en la Academia el 26 de Enero de 1787; su Tesorero desde el 25 de Noviembre de 1796; † el 19 de Julio de 1802.—*Mapa de una porción del Reyno de España, que comprehende los parages por donde anduvo Don Quixote y los sitios de sus aventuras, delineado..... segun las observaciones hechas sobre el terreno por D. Joseph de Hermosilla, Capitan de Ingenieros* (sin fecha).

(8) D. Antonio de Capmany y de Montpalau, nacido en Barcelona el 24 de Noviembre de 1742; recibido en la Academia el 14 de Mayo de 1784; su Secretario desde el 11 de Diciembre de 1789 al 22 de Enero de 1802; † el 14 de Noviembre de 1813.—*Filosofía de la Eloquencia:* Londres, 1812.

(9) D. Alberto Lista y Aragón, nacido en Sevilla el 15 de Octubre de 1775; recibido en la Academia el 3 de Marzo de 1847; † el 5 de Octubre de 1848.—*Sobre el comentario de D. Diego Clemencín*, escrito inédito publicado en *La Ilustración Española y Americana*, año 1872, páginas 39, 54, 86 y 106.

(10) D. Antonio Cavanilles y Centi, nacido en la Coruña el 31 de Agosto de 1805; recibido en la Academia el 5 de Marzo de 1847; † el 2 de Enero de 1864.—*Diálogos.—Cervantes*, artículo publicado en la *Revista de Ciencias, Literatura y Artes de Sevilla*, tomo IV, pág. 341.

(11) D. Fermín Caballero y Morgáez, nacido en Barajas de Melo (Cuenca) el 7 de Julio de 1800; recibido en la Academia el 9 de Diciembre de 1866; † el 17 de Junio de 1876.—*Pericia geográfica de Miguel de Cervantes, demostrada con la historia de Don Quixote de la Mancha:* Madrid, Yenez, 1840.—*La Patria del Quijote*, artículo publicado en la *Crónica de los cervantistas:* Cádiz, 1871, tomo I, pág. 64.

(12) D. Cayetano Rosell y López, nacido en Aravaca (Madrid) por los años 1816-1817; recibido en la Academia el 31 de Mayo de 1857; su Bibliotecario desde 13 de Diciembre de 1878; † el 26 de Mayo de 1883. —*El Palacio de Pedrola*, artículo publicado en *La Ilustración Española y Americana*, año 1872, página 254.

(13) D. Valentín Carderera y Solano, nacido en Huesca hacia 1796; recibido en la Academia el 5 de Marzo de 1847; † el 25 de Marzo de 1880.—*Dibujo*

para el grabado que representa el Palacio de Pedrola, publicado en el mismo número de *La Ilustración Española y Americana,* del año 1872.

(14) D. Serafín Estébanez Calderón, nacido en Málaga el 27 de Diciembre de 1799; recibido en la Academia el 5 de Marzo de 1847; † el 5 de Febrero de 1867.—Escribió generalmente con el pseudónimo *El Solitario.*

(15) D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe, nacido en Granada el 16 de Junio de 1816; recibido en la Academia el 4 de Mayo de 1856; su Anticuario desde 6 de Diciembre de 1867; † el 7 de Septiembre de 1894.—*Noticia de un precioso códice de la Biblioteca Colombina.—Algunos datos nuevos para ilustrar El Quixote.....* artículo publicado primeramente en *La Concordia,* revista moral, política y religiosa: Madrid, Tello, 1863; después como *Apéndice* al tomo I del *Ensayo de una Biblioteca española de libros raros y curiosos:* Madrid, Rivadeneyra, 1864. —*Cervantes, esclavo y cantor del Santísimo Sacramento,* artículo publicado en la *Revista Agustiniana:* Valladolid, Viuda de Cuesta, 1882. —*¿Dos sonetos de Cervantes, inéditos?,* artículo publicado en *La Ilustración de Madrid,* año III, pág. 119 (15 de Abril de 1872).

(16) D. Vicente de la Fuente y Bueno, nacido en Calatayud el 29 de Enero de 1817; recibido en la Academia el 10 de Marzo de 1861; † el 25 de Diciembre de 1889.—*Don Quijote desamortizador,* artículo publicado en el *Calendario católico* para 1874.

(17) D. Pedro de Madrazo y Kuntz, nacido en Roma el 11 de Octubre de 1816; recibido en la Academia el 13 de Enero de 1861; su Secretario desde 19 de Diciembre de 1879; † el 20 de Agosto de 1898.—*El valle de los Cipreses,* artículo publicado en *La Ilustración de Madrid,* año III, pág. 107 (15 de Abril de 1872).

(18) D. Luis Vidart y Schuch, nacido en Madrid el 27 de Agosto de 1831; recibido en la Academia el 10 de Junio de 1894; † en Madrid el 9 de Septiembre de 1897. —*Una noticia poco conocida acerca de la patria de Cervantes,* artículo publicado en la *Revista de España,* tomo LXXIII, pág. 322.—*El Quijote y el Telémaco:* Madrid, 1864.—*Cervantes, poeta épico,* apuntes críticos: Madrid, 1877.—*Algunas ideas de Cervantes referentes á la Literatura preceptiva:* Madrid, 1878.—*Coincidencias que existen entre la vida de Camöens y la de Cervantes,* artículo publicado en *La América* (28 de Junio de 1880). —*El Quijote y la clasificación de las obras literarias. La desdicha póstuma de Cervantes:* Madrid, 1882.—*Los biógrafos de Cervantes en el siglo* XVIII *y en el* XIX: Madrid, 1886 y 1889.—*Un historiador francés de la vida de Cervantes:* Madrid, 1891.—*Dos nuevos historiadores de la vida de Cervantes,* carta á D. Leopoldo Riu: Madrid, 1897.—*La hija de Cervantes,* apuntes críticos: Madrid, 1897.

(19) D. Vicente Barrantes, nacido en Badajoz el 24 de Marzo de 1829; recibido en la Academia el 14 de Enero de 1872; † el 17 de Octubre de 1898.—*Pro-*

yecto ignorado de monumento á Cervantes, artículo publicado en *La Ilustración de Madrid*, año II, pág. 259 (15 de Septiembre de 1871).

(20) D. Mariano Roca de Togores y Carrasco, primer Marqués de Molins, Vizconde de Rocamora, Grande de España, nacido en Albacete el 17 de Agosto de 1812; recibido en la Academia el 29 de Junio de 1869; † el 4 de Septiembre de 1889.—*La sepultura de Miguel de Cervantes:* Madrid, Rivadeneyra, 1870.

(21) D. Pascual de Gayangos y Arce, nacido en Sevilla el 21 de Junio de 1809; recibido en la Academia el 5 de Marzo de 1847; † el 4 de Octubre de 1897. —*Cervantes en Valladolid ó Memorias de la Corte de España en 1605 (Revista de España:* Madrid, 1884). Tirada especial aparte.

(22) D. Antonio Cánovas del Castillo, nacido en Málaga el 8 de Febrero de 1828; recibido en la Academia el 20 de Mayo de 1860; su Director desde 15 de Diciembre de 1882; asesinado por un anarquista el 8 de Agosto de 1897.—*Del principio y fin que tuvo la supremacía militar de los españoles en Europa*, artículo publicado en *La Revista de España*, tomo I, páginas 151-204.

(23) D. José María Asensio y Toledo, recibido en la Academia el 6 de Junio de 1895.—*Nuevos documentos para ilustrar la vida de Miguel de Cervantes Saavedra, con algunas observaciones y artículos sobre la vida y las obras del autor, y las pruebas de la autenticidad de su verdadero retrato:* Sevilla, Geofrín, 1864.—*Cervantes y sus obras*, colección de artículos: Barcelona, Seix, 1902. —*Interpretaciones del Quijote*, discurso leído en el acto de su recepción pública en la Real Academia Española el 29 de Mayo de 1904.

(24) D. Cesáreo Fernández Duro, recibido en la Academia el 13 de Marzo de 1881; su Secretario perpetuo desde 9 de Diciembre de 1899.—*Cervantes marino:* Madrid, Estrada, 1869.—*La cocina del Quijote. Disertación científico-histórico-filosófica de un aprendiz de literato*, artículos publicados en *La Ilustración Española y Americana*, 1872, números 34, 35 y 36. Después se publicó este trabajo en el libro *Venturas y desventuras*, págs. 304-346: Madrid, 1878.

(25) D. Fidel Fita y Colomé, Presbítero, de la Compañía de Jesús, recibido en la Academia el 6 de Julio de 1879.—*Carta inédita*, publicada en el periódico *La Antorcha de Manresa*.

(26) D. Marcelino Menéndez y Pelayo, recibido en la Academia el 13 de Mayo de 1883; su Bibliotecario perpetuo desde 16 de Diciembre de 1892.—*Cervantes considerado como poeta*, artículos publicados en la *Miscelánea Científica y Literaria*, año II, números 8 y 9: Barcelona, 23 de Abril y 1.º de Mayo de 1874.—*Bibliografía*, artículos sobre varias obras inéditas de Cervantes, sacadas de códices de la Biblioteca Colombina por D. Adolfo de Castro; *Miscelánea Científica y Literaria*, año II, 1874, números 12, 13, 14, 15, 16, 18 y 19.—*Interpretaciones del Quijote*, discurso leído en la sesión pública de la Real Academia Española, contestando al Sr. Asensio, el 29 de Mayo de 1904.

(27) D. Mariano Pardo de Figueroa, Correspondiente de la Academia en Medina-Sidonia.—*Epístolas Droapianas. Siete cartas sobre Cervantes y el Quixote, dirigidas al muy honorable Dr. E. W. Thebussem, Barón de Thirment, SS. TT., en los años de 1862 á 1868, por el Sr. M. Droap:* Cádiz, 1868.—*Droapiana del año 1869, octava carta sobre Cervantes y el Quixote:* Madrid, Rivadeneyra, 1869.—*Novena y última Droapiana:* 1872. Todas estas cartas y numerosos artículos acerca de Cervantes se encuentran en la *Segunda Ración de Artículos del Dr. Thebussem:* Madrid, 1894.

(28) El Doctor y Catedrático de Lund, Eduardo Lidforss, único Correspondiente de la Academia de la Historia en Suecia, no sólo ha publicado la traducción en su idioma del *Don Quijote de la Mancha,* que se dice arriba, sino también la de la *Historia del Arzobispo de Toledo D. Rodrigo Ximénez de Rada,* y la del celebrado poema *Los Cantares de Myo Cid,* que dedicó á su Soberano, tan amante de las letras como es notorio, el Rey Oscar II de Suecia y Noruega.

LS.
C419d
.Yf

Cervantes Saavedra, Miguel de. Don Quixote 180955
Author Fernandez de Béthencourt, Francisco
Title Discurso.
DATE. NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU